

MIERCOLES 5 DE AGOSTO

1. Primera charla: El sacerdocio en las mismas palabras de Jesus – Jn 17,1-26

¹ Despues de hablar asi, Jesus levanto los ojos al cielo, diciendo: «Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti, ² ya que le diste autoridad sobre todos los hombres, para que el diera Vida eterna a todos los que tu les has dado. ³ Esta es la Vida eterna: que te conozcan a ti, el unico Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo. ⁴ Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste. ⁵ Ahora, Padre, glorificame junto a ti, con la gloria que yo tenia contigo antes que el mundo existiera. ⁶ Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo para confiármelos. Eran tuyos y me los diste, y ellos fueron fieles a tu palabra. ⁷ Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, ⁸ porque les comunique las palabras que tu me diste: ellos han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creido que tu me enviaste. ⁹ Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. ¹⁰ Todo lo mio es tuyo y todo lo tuyo es mio, y en ellos he sido glorificado. ¹¹ Ya no estoy mas en el mundo, pero ellos estan en él; y yo vuelvo a ti. Padre santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros ¹² Mientras estaba con ellos, cuidaba en tu Nombre a los que me diste; yo los protegia y no se perdió ninguno de ellos, excepto el que debía perderse, para que se cumpliera la Escritura. ¹³ Pero ahora voy a ti, y digo esto estando en el mundo, para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto. ¹⁴ Yo les comunique tu palabra, y el mundo los odió porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁵ No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Maligno. ¹⁶ Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁷ Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad. ¹⁸ Así como tu me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo. ¹⁹ Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad. ²⁰ No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. ²¹ Que todos sean uno: como tu, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tu me enviaste. ²² Yo les he dado la gloria que tu me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno ²³ Yo en ellos y tu en mí, para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tu me has enviado, y que yo los amé como tu me amaste. ²⁴ Padre, quiero que los que tu me diste estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado, porque ya me amabas antes de la creación del mundo. ²⁵ Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te conocí, y ellos reconocieron que tu me enviaste. ²⁶ Les di a conocer tu Nombre, y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tu me amaste esté en ellos, y yo también esté en ellos».

La meditación sobre el sacerdocio de Jesús hecha por el autor de la Carta a los Hebreos es complementaria a la revelación que Jesús mismo ofrece en los Evangelios. Mientras los Evangelios cuentan más del ministerio público de Jesús en Galilea, el Evangelista Juan, quizás más cerca de ambientes judíos del culto y del templo de Jerusalén, dedica más páginas a los que Jesús dijo en el Templo y en la Ciudad santa. Corazón de estas revelaciones de Jesús es sin duda la parte del Evangelio que sigue el lavado de los pies (Jn 13,1-12) y llega hasta a las narraciones de la Pasión. Los capítulos 14, 15, 16 y 17 son llamados por los estudiosos “discursos de despedida” de Jesús y tuvieron lugar en “*la sala donde solían reunirse*” (Hechos 1, 13) en el piso de arriba y nos ofrecen los picos más altos y los abismos más profundos de la revelación del corazón de Cristo.

El pasaje escogido por esta reflexión es el capítulo 17, llamado tradicionalmente “oración sacerdotal” de Jesús. Esa es una expresión introducida por los Padres de la Iglesia para subrayar una característica evidente: Jesús no tiene solamente un discurso, sino habla a su Padre en un dialogo filial con su Él, revelando a sí mismo, intercediendo por los suyos y expresando su identidad de sacerdote y víctima ofrecida al Padre. La estructura de esta oración se puede ver en tres partes:

- 1) La primera en que Jesús habla de sí mismo, invocando del Padre la misma gloria que tenía en Él, antes que el mundo fuera (17, 1-5);
- 2) La segunda en que habla a los once discípulos que están allí, confiándolos a su Padre así que sean santificados en la verdad y hechos capaces de la obra para que fueron llamados (17,6-19);
- 3) La tercera parte en que Jesús se refiere a los creyentes de todo tiempo y lugar, así que sean unidos y transformados en signo de la gloria de Cristo en la Iglesia (17,20-26).

El Catecismo de la Iglesia Católica nos ayuda a comprender el sentido de esta oración cuando explica:

“Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf Jn 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida “una vez por todas”, permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la Hora de Jesús sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración “sacerdotal” de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su

sacrificio, de su “paso” [pascua] hacia el Padre donde él es “consagrado” enteramente al Padre (cf Jn 17, 11. 13. 19)” (CCC, nn. 2746-2747).

Al comienzo de nuestras reflexiones decíamos que en el Antiguo Testamento se pueden ver dos líneas en referencias al sacerdocio, una conectada con Melquisedec, que se cumple plenamente en Jesús y otra conectada con el culto levítico, que encuentra su desarrollo en las prescripciones rituales de Aarón y de la tribu de Levi. Mientras la Carta a los Hebreos nos ha mostrado el cumplimiento de la primera línea, este pasaje de San Juan nos ayuda a ver como la segunda línea se cumple también en Cristo, único sumo y eterno Sacerdote.

Por entender el contexto y el verdadero sentido de esta profunda oración de Jesús, hay que leer el capítulo 16 del libro del Levítico, en que es presentado en detalle el ritual del día de la expiación, la fiesta del *yom kippur*, única ocasión en que el Sumo Sacerdote podía ingresar en el lugar más santo del Templo de Jerusalén, antes de la Arca, para hacer el rito de la expiación. El, cumpliendo diferentes acciones, tenía que purificarse, ponerse los vestimentos litúrgicos y ofrecer sacrificios rituales antes para sí mismo y después para el pueblo, rociando con sangre el “propiciatorio”, eso es la tapa de la Arca del Pacto. Esta oración de Jesús, en el capítulo 17 de Juan, presenta el cumplimiento de este ritual. Jesús, verdadero sumo y eterno sacerdote, cumple esta antigua fiesta del perdón en su Hora de la Pasión y muerte, ofreciendo su vida como sacerdote y víctima. Dice Benedicto XVI:

*“La estructura del rito descrito en Levítico 16 se retoma precisamente en la oración de Jesús: así como el sumo sacerdote realiza la expiación por sí mismo, por la clase sacerdotal y por toda la comunidad de Israel, así Jesús reza por sí mismo, por los apóstoles y finalmente para todos aquellos que, por su palabra, creerían más tarde en él, por la Iglesia de todos los tiempos (cf. Jn 17, 20). Él santifica “a sí mismo” y trae santidad a los suyos” (BENEDICTO XVI, *Jesus de Nazaret: Desde el ingreso en Jerusalen hasta la resurrección*, LEV, Ciudad del Vaticano, 2011, p. 93).*

Empezando la reflexión sobre el testo, parece interesante subrayar como Juan, antes de referir las palabras de la oración, nos dice un detalle: Jesús levanta los ojos al cielo (vers. 1). Es el gesto típico de la oración, de la alma que se vuelve a Dios, del Hijo que ingresa en el dialogo con su Padre. Es como el superar la dimensión

terrenal y abrirse a una realidad nueva, la del cielo. El sacerdocio de Jesús no tiene nada de terreno y carnal, sino no lleva en aquella dimensión de que Él mismo habla en el capítulo 4 de San Juan, dialogando con la Samaritana: “*Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad»*” (Jn 4, 23-24). Esta elevación de los ojos de Jesús al cielo es una llamada a verificar nuestra modalidad de entender la oración y el culto: no ritos de cumplir, no deberes de hacer, sino una elevación de nuestro espíritu a las cosas del cielo, que no son figuras, sino verdades en Jesús, que es la verdadera revelación de Dios. Este texto, entonces, nos invita a examinar nuestra oración. En primer lugar su forma más alta, que vivimos cada día, la Eucaristía, y después la Liturgia de las horas, la meditación, el dialogo personal con Jesús y otras formas de devoción. ¿Pongámonos seriamente en este estilo de adoración, en espíritu, elevándonos al Padre con la fuerza del Espíritu Santo, siguiendo el gesto de Jesús? ¿Estemos seguros que no tenemos que cultivar nuestras ideas, aun piadosas y devotas, nuestras imagines, nuestras proyecciones psicológicas y de nuestra imaginación, sino que estamos en contacto con una Persona viva y verdadera? En la plegaria eucarística I, el Canon Romano, antes de la consagración del pan, el sacerdote dice:

“*El cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres tomó pan en sus santas y venerables manos, y elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos*” (Canon I).

La Iglesia en la liturgia (*lex orandi*), que es como declinación de la fe (*lex credendi*), nos enseña que la Eucaristía como forma más alta de oración y como ejercicio del sacerdocio de Jesús, tiene que ser modelo de cada oración y devoción.

Ya hemos hablado de la Hora de Jesús, que es un pilar fundamental del Evangelio de Juan. Aquí se encuentra la primera invocación que Jesús eleva al Padre, la de glorificarlo. No es una elevación a la gloria finalizada a sí misma, sino a la participación de los hombres a la “*vida eterna*” (vers. 2). Él mismo explica el sentido de esta vida eterna como conocimiento del verdadero Dios y de su Enviado, el Hijo (vers. 3). Conocer, como sabemos bien, en el lenguaje bíblico significa amar. No se habla de un conocimiento solamente intelectual, sino de una comunicación y comunión de vida. El Hijo dejó el seno del Padre encarnándose y cumpliendo la obra que se le había confiada, para elevar al Padre la ofrenda de todo el mundo. El conocimiento de Dios es uno de los elementos que dice la autenticidad de nuestra vida espiritual. Preguntémonos: ¿En mi oración, en mi consagración, en mi misión, estoy conociendo más a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo? Una fe y una

consagración que no está en constante crecimiento en el conocimiento de Dios y en el mismo tiempo de nosotros mismos, aun sea llena de obras maravillosas, corre el riesgo de perder su verdadero sentido. El sacerdocio de Jesús tiene un único fine, lo de conducir la humanidad al Padre. Si siguiendo las huellas de Cristo no configuramos más a Él, conociéndolo, amándolo y elevándonos a una experiencia de su amor, corremos dos riesgos: en primer lugar, lo del intelectualismo (lo que el Papa Francisco llama “gnosticismo”), vaciando nuestra fe de la dimensión real y carnal; en otro lado, lo del activismo funcional, eso es cumplir acciones y obras que aun sean humanamente grandes no nos llevan a Él.

En la segunda parte de la oración, empezando del versículo 6, Jesús intercede por la humanidad. Para entender el espíritu de estas palabras, hay que recordar uno de los versículos sobre los cuales hemos reflexionado en la Carta a los Hebreos: “*Por eso es capaz de salvar de una vez a los que por su medio se acercan a Dios. El sigue viviendo e intercediendo en favor de ellos*” (Heb 7,25). El sacerdocio de Jesús es el ejercicio de esta intercesión con el Padre en favor de la humanidad. Él nos pone siempre nuevamente en este contacto con Dios. Su presencia en el corazón de la Trinidad, con sus heridas gloriosas, es el testamento vivo de su infinito amor para nosotros. Mediante el acogimiento de la Palabra, como expresión que indica la fe, nosotros podemos entrar en esta relación nueva y renovada con el Padre, que es la fe. En estos versículos se ve una relación muy profunda entre el Sacerdocio de Jesús y la Palabra: hay que recordar siempre que cerca de la dimensión del sacrificio, el verdadero culto introducido por Jesús “en espíritu y en verdad” añade un valor superior a la Palabra. Jesús como enviado del Padre es la Palabra que se hace carne. Acoger y adora el misterio del sacerdocio de Jesús significa descubrir el valor de esta Palabra. La Palabra de Dios que creó al mundo, fue enviada a los Patriarcas, a Moisés, a los Profetas del Antiguo Testamento, se hizo carne en Cristo Jesús. Hay siempre que recordarnos como la dinámica de la Encarnación es el fundamento de toda la obra redentora de Cristo y claramente es también el fundamento de la teología del Evangelio de San Juan (cfr. Jn 1, 14). El sacerdocio de Cristo, entonces, está profundamente radicado en esta Palabra, que no solamente es un medio de comunicación, un instrumento de información, como cada palabra humana, sino que es algo de “performativo”, eso es “capaz de transformar”. Pensemos en las palabras de la Iglesia en la liturgia, por ejemplo, las del sacerdote sobre el pan y el vino en la consagración eucarística, cuando el Espíritu Santo transforma estos elementos en el cuerpo y la sangre de Jesús, o también las que son pronunciadas en la celebración de otros sacramentos. En la orden sagrada, mediante la oración consagratoria (palabra eficaz) y la imposición de las manos del obispo, hay una transformación y el don del carisma espiritual a un hombre frágil, que lo hace ministro de Cristo con un carácter

indeleble. Palabra y sacramento, entonces, cada vez ponen los discípulos en contacto con la obra salvadora de Jesús, difundiendo la fuerza de su mediación sacerdotal.

El versículo 9 tiene una expresión que nos llena de gran consolación: Jesús dice que reza para nosotros. El venció al mundo con el misterio de su Pascua, pero también reza para nosotros que seguimos estando en el mundo. Cuando estamos en medio de dificultades, de sufrimientos, siempre tenemos que recordarnos que Jesús no nos abandona. Él reza al Padre para nosotros, así que seamos custodiados en su nombre y seamos una sola cosa, así como Jesús es uno con su Padre (vers. 11). La unidad es un elemento imprescindible de la vida de los discípulos de Jesús y podemos decir con certitud que es uno de los frutos del sacerdocio. ¿Qué hay que entender por unidad? Jesús está hablando seguramente de la unidad de la Iglesia, la de sus discípulos, la unidad exterior. Es por eso que a menudo la oración sacerdotal de Jesús ha sido leída como pista para el camino ecuménico, para la oración y la obra de las iglesias y comunidades cristianas en camino hasta la unidad. Pero se puede leer en esta oración también en otro sentido. La oración de Jesús nos toca más profundamente: su sacerdocio, su constante intercesión al Padre y su acogimiento en nuestra vida es causa de nuestra unidad interior. A menudo nuestro corazón puede ser desorientado, dividido en muchas cosas y distraído. Jesús quiere que nosotros lleguemos a una verdadera unidad interior del corazón. Ser custodiados del mundo, significa permanecer en esta unidad de corazón en Él. Pienso que el episodio de Marta y María, narrado por Lucas (Lc 10,38-42), nos puede ayudar en este sentido. Marta estaba ocupada en muchas cosas, estaba distraída (*periespàto*). Sin embargo estaba haciendo cosas buenas y necesarias, pero su corazón no estaba concentrado. Por eso Jesús, contestando a sus palabras de “ataque” a su hermana María, subrayó la división de su corazón: “*Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas*” (Lc 10, 41). El texto original utiliza un verbo traducido por “inquietarse” (*merimnào*), que significa “ser dividido en partes”. La oración de Jesús para la unidad, entonces, quiere conducirnos a este *Unum Necessarium*, la única cosa necesaria, que hace unidad en nosotros. Preguntémonos: ¿Cómo está nuestro corazón? En nuestro ministerio y servicio diario, ¿nuestro corazón es capaz de encontrar en Jesús esta unidad? ¿Buscamos nuestra paz en la unidad de nuestro corazón? Los ejercicios espirituales son un tiempo privilegiado para reconducir todo en la unidad. Cuando hay esta unidad en nosotros, dejando la dispersión y la distracción en muchas cosas, podemos encontrar la verdadera paz, experimentando la verdadera alegría y así podemos ser verdaderos testigos e instrumentos de unidad para los que están cerca de nosotros. Si en nuestras comunidades falta la unidad, ¿Cuál es la causa? A menudo por luchas, diferencias de visiones, diferencias de formación, etc. Mirando más en profundidad, se puede ver como la falta de unidad exterior siempre es un reflejo de la falta de unidad interior. Ser divididos y distraídos

en el corazón, alejándose de lo Único Necesario, que es Cristo Jesús, nos pone en el riesgo de dejarnos traer de nuestro Yo desorientado y causar divisiones, luchas y faltas de comunión. Preguntémonos: ¿Cuándo hay divisiones, peleas, conflictos en la comunidad, tengo conciencia que puede depender de la división de mi corazón? ¿Qué hago para curar mi corazón y hacer la unidad interior en mí?

Sobre la misma línea, Jesús sigue con su intercesión, pidiendo al Padre que guarde los suyos del Maligno (vers. 15). En realidad, la vida del discípulo de Jesús es siempre una lucha. De una parte está Dios con su voluntad que quiere siempre nuestro bien y nuestra eterna felicidad, y de otra hay el espíritu del mal, que nos empuja lejos de Dios. En todo caso, hay una certeza: Cristo ya ha vencido, pero nuestra alma, con su inteligencia y libertad, siempre permanece como un campo de lucha. Nuestra salvación eterna no es algo dado por sentado, sino que cada día somos llamados a adherirnos totalmente a la voluntad del Padre, venciendo las seducciones del mal y del pecado. En esta lucha estamos seguros que Jesús está cerca de nosotros, donándonos su gracia, pero sin quitar nuestra libertad. La obra del Maligno (*o poneròs*) es la de dividir, en primer lugar nuestra unidad interior, nuestra adherencia a la voluntad del Padre que nos hace uno, sino también la unidad exterior, sembrando discordias, envidias, divisiones en la comunidad. La oración de Jesús, en esta lucha, es como la de Moisés que intercedía a Dios con las manos levantadas, mientras el pueblo de Israel luchaba con Amalek (Ex 17, 8-16). Diferentemente de Moisés, Jesús no necesita que alguien tenga sus manos levantadas al cielo, porque El mismo las levantó al cielo una vez para siempre sobre la cruz, dando su vida por nosotros y llevando en su carne resucitada y gloriosa los signos de esta ofrenda, que siempre puede mostrar al Padre para nosotros.

Con estas reflexiones llegamos al corazón de la oración sacerdotal de Jesús, en los versículos 16-19. Jesús, en primer lugar, subraya que sus discípulos, como El, no son del mundo. Es claro que aquí el concepto de mundo, típico de la teología de San Juan, indica todo lo que se opone a Dios, todas las fuerzas humanas y espirituales que no están en el servicio del Reino y están en oposición. También esto para nosotros no es algo dado por sentado. Una de los temas más fuertes de la predicación del papa Francisco es lo de la “mundanidad espiritual”. Hay ciertamente una mundanidad material con sus tentaciones y pecados más evidentes: el poder, el dinero y el placer. Sin embargo, peores que estos, en la vida del hombre y de la Iglesia, hay otra mundanidad, que puede ser verdaderamente catastrófica en la vida de los discípulos, poniendo en ellos una vanidad espiritual por lo que haces y cumplen de bien, y trayéndolos lejos de Dios. El Papa toma esta expresión de “mundanidad espiritual” del grande teólogo Henry De Lubac, en *Meditación sobre la Iglesia*, que de su parte cita un autor espiritual inglés, el benedictino Anscar Vornier O.S.B. (1875-1938), en su obra *El Espíritu y la esposa* del 1935 (*The Spirit*

and the Bride). En la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, el Santo Padre así comenta:

“Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libra de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (n. 97).

Para desarrollar más en profundidad el tema en nuestra meditación, les sugiero que lean los nn. 93-97 del documento papal.

Al versículo 17, Jesus pide al Padre de consagrar a los suyos en la verdad. ¿Qué quiere decir exactamente Jesus? Claramente el contexto es lo de la liturgia. Consagrarse significa dejar a un lado, inserir en la esfera de influencia de Dios, hacer que una persona o una cosa sea propiedad de Dios, retirarla de las cosas comunes, para que sea dada y totalmente dedicada a Él. Sin embargo, eso es solamente el primer movimiento, que no tuviera algún sentido sin el envío y la misión. Dice Benedicto XVI:

“precisamente porque al entregarse a Dios, la realidad, la persona consagrada existe «para» los demás, se entrega a los demás. Entregar a Dios quiere decir ya no pertenecerse a sí mismo, sino a todos. Es consagrado quien, como Jesús, es separado del mundo y apartado para Dios con vistas a una tarea y, precisamente por ello, está completamente a disposición de todos. Para los discípulos, será continuar la misión de Jesús, entregarse a Dios para estar así en misión para todos” (BENEDICTO XVI, Audiencia general, 25 de enero 2012).

Jesus, entonces, como Sumo Sacerdote es el verdadero Consagrado, porque es Dios Él mismo, separado del mundo y enviado para la salvación de la humanidad. El existe “para” Dios y “para” los hermanos, los demás. Como discípulos, bautizados, consagrados y ordenados, somos participes en diferente título en esta

consagración. Nunca podemos olvidarnos de estas dos dimensiones de nuestra consagración: para Dios y para los hermanos. Cuando una de estas dos dimensiones falla o se desapodera, tomamos grandes riesgos: nos alejamos de la Verdad, que es Cristo mismo, y dejamos el camino de nuestra vocación a la santidad, fallando también en nuestra vocación específica. El Sumo Sacerdote para celebrar la gran fiesta de la Expiación, de que hemos hablado al comienzo de esta reflexión, tenía que purificarse y ponerse los vestimentos litúrgicos. Jesus consagra a sí mismo en la Verdad, la Palabra del Padre y con esta consagración llega en el mundo. Así también los discípulos son enviados de El en la misma luz. Preguntémonos, entonces: ¿Estoy yo inmerso en esta Verdad? ¿Mi vida es en el servicio de esta Verdad? ¿La consagración bautismal, la de los votos religiosos y en la vida sacerdotal, es en el ejemplo y con la huella de Cristo como un ser apartado para Dios y los hermanos? ¿Yo por quién existo?

En el recién escrito sobre el sacerdocio, editado por el Card. Robert Sarah, *Desde lo más hondo de nuestros corazones* (2020), el Papa emerito Benedicto XVI en su contribución sobre el sentido de la ordenación sacerdotal, comentaba estos versículos de San Juan, diciendo:

“Sin embargo, la palabra “santifica” también puede entenderse muy específicamente como la ordenación sacerdotal, que significa precisamente el reclamo radical del hombre por el Dios vivo para su servicio. [...] El rito de la ordenación sacerdotal del Antiguo Testamento también parece estar indicado aquí. El ordenando se purificaba físicamente con un lavado completo y después ponerse las vestimentas sagradas. Las dos cosas juntas significan que, de esta manera, el enviado debe convertirse en un hombre nuevo. Pero lo que en el ritual del Antiguo Testamento es una figura simbólica, en la oración de Jesús se hace realidad. El único lavado que realmente puede purificar a los hombres es la verdad, es Cristo mismo. Y también Él es el nuevo vestido mencionado en el vestido del culto exterior [...] Significa: sumergirlos completamente en Jesucristo para que lo que Pablo indicó como la experiencia fundamental de su apostolado les valga: “Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20). [...] significa estar siempre nuevamente purificados e impregnados por Cristo para que sea Él quien hable y actúe en nosotros, y cada vez menos nosotros mismos. Y me ha quedado claro que este proceso de convertirse en uno con Él y la superación de lo que es nuestro solo dura toda la vida y también siempre incluye liberaciones y renovaciones dolorosas” (Nuestra traducción de la versión italiana, pp. 53-54)

Lo que Benedicto XVI dice en referencia del sacerdocio ministerial, se puede también aplicar, con las debidas diferencias a la experiencia de la consagración religiosa. ¿Tenemos conciencia que este proceso de consagración es siempre en transformación y tiene que ser renovado cada día con la oración, la conversión y el compromiso diario de ser para Dios y para los hermanos? Vencer nuestro yo y nuestras luchas en nuestras comunidades para entrar en este diseño de Dios es el desafío más grande de nuestra santificación y nuestro apostolado.

La última parte de la oración (vv. 20-26) presenta la abertura de esta dinámica a la Iglesia de cada tiempo. Jesús, después de haber rezado para sus discípulos, reza también para todos los destinatarios de la misión de ellos en cada tiempo y en cada lugar. Es como si Jesús extendiera su consagración e intercesión en un abrazo universal, más allá del tiempo y de los lugares. Nuestra consagración y misión, en otras palabras, nos pone en una dinámica verdaderamente universal, así como la Iglesia es universal. Hemos mencionado, ya en las meditaciones anteriores, a esta dimensión universal del sacerdocio de Jesús, que va sobrando cada lugar y particularismo. Somos llamados también a ser en el mundo testigos consistentes del amor de Jesús (vers. 23). Tenemos una responsabilidad muy grande: la de hacer conocer el amor de Dios al mundo, de traer con nuestra vida y nuestro testigo los efectos del Eterno Sacerdocio de Cristo a la humanidad, para que se pueda conocer a Dios. Tenemos que saber que nuestra misión es el mundo. Nuestro servicio, también si está escondido, humilde, en apariencia insignificante, mediante de la oración de Jesús es colocado en esta dinámica de la salvación de toda la humanidad. En manera misteriosa y real somos inseridos en la comunión de los santos, los que ya gozan de la eternidad de Dios, los que todavía se están purificando para pararse al encuentro definitivo con Dios y también con los que todavía están en el mundo y caminan hasta la meta. Nuestra modalidad de vivir la consagración, en unión con la ofrenda eterna y eficaz de Cristo, puede hacer la diferencia. También los servicios humildes, insignificantes y en apariencia más lejos de Dios, si son ofrecidos con amor y por amor, pueden ser pequeños destellos de la Luz Eterna de Cristo, para que el nombre de Dios sea conocido (vers. 26) y su amor llegue a toda la humanidad, que está lejos e indiferente.